

Colección: creación artística y cultural

CUENTOS CORTOS

segunda versión

 **Editorial**
UNIAGUSTINIANA

CUENTOS CORTOS



Segunda versión

CUENTOS CORTOS



Segunda versión



Cuentos cortos / Daniel Camilo Romero Pinzón y otros. -- 2a. edición. -- Bogotá :
Editorial Uniagustiniana, 2018.

88 páginas ; 21 cm. -- (Creación artística y cultural)

1. Cuentos colombianos - Colecciones 2. Cuentos colombianos - Premios 3. Literatura colombiana I. Romero Pinzón, Daniel Camilo, autor II. Serie.

Co863.08 cd 21 ed.

A1617673

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

© Daniel Camilo Romero Pinzón, Ana María Ferro Gómez, Geraldin Chuquen Salamanca, Erik González Ibarra, Leydi Arias Castellanos, Dayan Rodríguez Sandoval, Yamid Galindo Cardona, Karen Natalia Pamela Sánchez Tovar, Lina María Castro Torres.

© Editorial Uniagustiniana, Bogotá, 2018

ISBN (impreso): 978-958-5498-07-5

ISBN (digital): 978-958-5498-08-2

Universitaria Agustiniiana, Uniagustiniana

P. Carlos Alberto Villabona Vargas, Rector

Julio César León Lúquez, Vicerrector de Investigaciones

Alejandra Díaz Manzano, Vicerrectora de Desarrollo Humano

Natalia Osorio, Directora de Bienestar Institucional

Editorial Uniagustiniana

Ruth Elena Cuasialpud Canchala, Coordinación editorial y de divulgación

Mariana Valderrama Leongómez, Asistencia editorial

Daniel Urquijo Molina, Corrección de estilo

Pedro César Gutiérrez Jiménez, Diseño editorial y diagramación

CMYK Diseño e Impresos SAS. Impresión

Campus Tagaste, Av. Ciudad de Cali No. 11B-95

coor.publicaciones@uniagustiniana.edu.co

Impreso y hecho en Colombia. Depósito legal según Decreto 460 de 1995.

Derechos reservados conforme a la ley. Prohibida su reproducción parcial o total en todo formato o medio sin previo permiso escrito de la Universitaria Agustiniiana. Todas las opiniones contenidas en esta publicación son responsabilidad exclusiva de los autores.

CONTENIDO

7 Presentación
Julio César León Lúquez y Alejandra Díaz Manzano

11 Acta de jurado
Eduardo Otálora y Ángela Cruz

♦ CATEGORÍA ESTUDIANTES ♦

17 Primer puesto
“Relato de un soliloquio vespertino”
Daniel Camilo Romero Pinzón
Licenciatura en Filosofía

25 Segundo puesto
“El reloj de la jungla”
Ana María Ferro Gómez
Cine y Televisión

31 Tercer puesto
“Lirios amargos”
Geraldin Chuquen Salamanca
Tecnología en Gastronomía

♦ CATEGORÍA EGRESADOS ♦

39 Primer puesto
“El dictador”
Erik González Ibarra
Licenciado en Filosofía

49 Segundo puesto
“Diciembre negro”
Leydi Arias Castellanos
Contadora pública

55 Tercer puesto
“Un par de lentes no está de más”
Dayan Rodríguez Sandoval
Contadora pública

♦ categoría DOCENTES ♦

63 Primer puesto
“El anónimo regreso de Urías Pinto”
Yamid Galindo Cardona
Cine y televisión

♦ categoría ADMINISTRATIVOS ♦

73 Primer puesto
“Los rumbos del río”
Karen Natalia Pamela Sánchez Tovar
Auxiliar Escuela de Formación y Permanencia
Vicerrectoría de Desarrollo Humano

83 Segundo puesto
“El paseo del misógino”
Lina María Castro Torres
Directora Instruccional
Facultad de Educación Virtual

Presentación

El contexto de la educación superior nacional atraviesa por una época de cambios importantes. El ingreso del país a la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), las recientes modificaciones realizadas a los procedimientos de registro calificado y acreditación, así como el relevo en línea de gobierno generan nuevas dinámicas a las que debemos responder como Institución de Educación Superior.

Con el tiempo, las concepciones alrededor de la formación integral y la creación de nuevo conocimiento han ido evolucionando para dar cabida cada vez con más fuerza a otros como la creación artística y cultural. Su abordaje se propone desde las artes y bajo perspectivas disciplinares diversas. De manera natural se asocia con condiciones o aspectos como el Bienestar y la Investigación. Incluso desde Colciencias se han integrado productos de este tipo como parte de la categoría de Nuevo Conocimiento en lo que concierne a las mediciones que se realizan sobre los grupos de investigación.

Como era de esperarse, las actividades de creación artística y cultural han tenido un impulso fuerte a nivel institucional en los últimos años. Conscientes de su importancia como expresión de la condición humana y su aporte a la formación integral de nuevas generaciones, se han promovido diferentes espacios en los que tanto estudiantes, como docentes, administrativos y egresados tienen participación. Estos se han ido consolidando a partir del esfuerzo conjunto de diversas dependencias y de su buen recibimiento por parte de la comunidad.

Uno de estos espacios es el Concurso Uniagustiniano de Cuento Corto, cuya primera edición se desarrolló en 2017. El concurso

contó con una activa participación por parte de todos los miembros de la Universitaria y cerró con la premiación y el lanzamiento de un libro en el que se reunieron las mejores propuestas.

Dado el éxito registrado el año anterior, el Concurso Uniagustiniano de Cuento Corto tuvo una segunda edición durante 2018 desarrollada nuevamente de manera conjunta entre la Vicerrectoría de Investigaciones y la Vicerrectoría de Desarrollo Humano. Bajo términos similares, se invitó a toda la comunidad a presentar sus textos originales e inéditos en cualquier tema. En esta ocasión fueron nueve los cuentos escogidos.

Esta oportunidad de trabajo conjunto en favor del bienestar y desarrollo humano integral de los miembros de la comunidad, contribuye, no solamente al fortalecimiento del componente artístico y cultural institucional, sino también a la constitución y consolidación de espacios de participación universitaria que fomentan la creatividad, ingenio y liderazgo entre los estudiantes, egresados, docentes y funcionarios Uniagustinianos.

Desde las Vicerrectorías de Investigaciones y de Desarrollo Humano se seguirá trabajando mancomunadamente para propiciar la vinculación a actividades como esta, que, de alguna u otra manera, son complementarias a los procesos de enseñanza aprendizaje y favorecen el adecuado aprovechamiento del tiempo libre, el desarrollo de habilidades y talentos, y la motivación por el aprendizaje de temáticas diversas desconocidas por muchos en algunos casos.

Se exalta el esfuerzo, compromiso y labor emprendida por quienes participaron. Nos enorgullece destacar los resultados obtenidos por parte de los autores de los cuentos ganadores. Esperamos que su participación no culmine aquí y que su compromiso con el desarrollo de iniciativas como esta se evidencie en la motivación que puedan realizar a otros compañeros a formar parte de nuestra

convocatoria 2019. Que sea esta una nueva ocasión para reconocer nuestros logros como familia UNIAGUSTINIANA.

Julio César León Lúquez
Vicerrector de Investigaciones

Alejandra Díaz Manzano
Vicerrectora de Desarrollo Humano

Universitaria Agustiniiana

Concurso Uniagustiniano de Cuentos Cortos: segunda versión 2018

Acta del jurado

Bogotá, 25 de julio de 2018

Julio César León Lúquez
Vicerrector de Investigaciones
Universitaria Agustiniana

Alejandra Díaz Manzano
Vicerrectora de Desarrollo Humano
Universitaria Agustiniana

La ciudad,

Después de la revisión, nos permitimos adjuntar los resultados de la evaluación hecha por nosotros como jurados del concurso.

Las propuestas, en general, presentan un variado rango temático, si bien muchas de ellas están asociadas a la historia del país, otras se centran en relatar historias románticas.

A continuación, los resultados de la evaluación:

Categoría estudiantes

- Relato de un soliloquio vespertino
- El reloj de la jungla
- Lirios amargos

Categoría egresados:

- El dictador
- Diciembre negro
- Un par de lentes

Categoría docentes

- El anónimo regreso de Urías Pinto

Categoría administrativos:

- Los rumbos del río
- El paseo del misógino

Por otra parte, registramos nuestras apreciaciones sobre cada trabajo seleccionado como ganador:

“Relato de un soliloquio vespertino”

Es una buena propuesta que logra construir un personaje y una voz narrativa de manera sólida, clara para el lector. A veces, sin embargo, el registro elegido le juega en contra y puede complejizar eventos que podrían narrarse de manera más sencilla, sin necesidad de adorno.

“El reloj de la jungla”

La dimensión espacio-temporal resulta confusa y este mundo fantástico carece de elementos que permitan hacer verosímil su existencia y, sobre todo, el rol que juega el personaje en él.

“Lirios amargos”

La construcción del universo narrativo es interesante. Sin embargo, vale la pena trabajar más en las historias de los espacios y en la manera en cómo se relacionan estos con los personajes.

El relato parece proponer un tipo de experiencia onírica. En ese sentido, recomiendo que las imágenes sean más claras para que la experiencia lectora sea más clara y, de ese modo, se vean mejor las situaciones que el autor busca construir.

“El anónimo regreso de Urías Pinto”

Esta es, sin duda, la mejor propuesta de las evaluadas: hay un desarrollo de las acciones y realmente se cuidan los detalles, es decir, el lector no se encuentra con eventos accesorios. Ahora bien, es importante hacer una corrección adecuada de los aspectos ortotipográficos que entorpecen un poco la lectura.

“Los rumbos del río”

El relato no tiene elementos que le confieran verosimilitud o que justifiquen las acciones de los personajes por lo que la historia resulta difícil de entender para el lector en algunos momentos, así que habría que trabajar más en la construcción del universo narrativo.

“El paseo del misógino”

El título del relato resulta obvio y le quita fuerza a la historia misma, pues de cierta manera la resuelve de entrada, Un poco más de trabajo en la historia del personaje le harí

“El dictador”

El recurso del relato en verso es interesante, resulta diferente a todas las demás propuestas, lo que cabe destacar. Sin embargo, en ese mismo aspecto hay que advertir que hace falta trabajo en la elaboración de las rimas para que la simpleza formal no le quite brillo a la historia que funciona y tiene un personaje muy bien construido.

“Diciembre negro”

La anécdota es interesante, pero podría mejorar al trabajar en mostrar las acciones al lector, hacer que vea cómo suceden y no solo como el narrador parece percibirlas. Adicionalmente, podría hacerse una revisión de los aspectos formales que en ocasiones entorpecen la lectura.

“Un par de lentes no está de más”

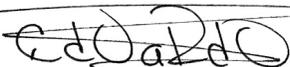
En esta historia hay un gran problema de verosimilitud en la medida en que resulta incomprensible que la narradora en efecto no notara que su acompañante es ciego. Por otra parte, la narración está cargada de lugares comunes sobre el amor y el sexo que la acercan más al terreno de la fantasía que al relato de un hecho, como se plantea al inicio de la historia.

Agradecemos la posibilidad de formar parte de este proceso,



Ángela M. Cruz

CC: 52.904.936 de Bogotá



Eduardo Otálora

CC: 80.241.198 de Bogotá

categoria ESTUDIANTES



PRIMER PUESTO

Relato de un soliloquio vespertino

Daniel Camilo Romero Pinzón

Licenciatura en Filosofía

Facultad de Humanidades, Ciencias Sociales y Educación

daniel.romerop@uniagustiniana.edu.co

Jaime Urdaney Idilio Correa de Pinilla se miraba fijamente a través de una ventana para recorrer con su peinilla los pocos espacios de su larga cabellera. Acariciaba su espesa barba y palpaba delicadamente sus ojos, nariz y pómulos, mientras pensaba en cómo su historia no daba cuenta de su primer apellido. Mientras veía su vida cargada de una ilusión poco o nada considerada, cayó en un barranco de incertidumbre y fatalidad.

Cada tarde, mientras gustaba de ver su sereno reflejo, veía por aquella misma ventana una banca siempre ocupada sobre las cuatro de la tarde por un joven escritor, caleño como él, con quien siempre se reunía para sugerirle ciertos cuidados medicinales, lo que también era ocasión para compartir con él la filosofía exquisita de la calle. Así, se dedicaba a presentarle su vida para advertirle que nunca cayese en situaciones como las que a él le habían pasado, pues ciertamente alguna vez quiso ser un escritor, pero por dar gusto a su padre, rehusó de tal proyecto sin vacilación alguna.

Jaime le daba consejos médicos al joven, ya que había sido un prestigioso especialista en gastroenterología de la Universidad del Valle. Había crecido entre los más estruendosos y apoteósicos conciertos de Richie Ray y Bobby Cruz, Fania All Stars, Piper Pimienta y La Sonora Matancera, así como con el disfrute y la balacera de los clásicos entre los dos equipos tradicionales de la ciudad en el Estadio Pascual Guerrero. Jaime fue reconocido como un negro bailarín que entre sones y toques era visto como uno de los mejores en los concursos departamentales de guaguancó en el Valle del Cauca. Caluroso, con todo lo que quiso haber experimentado en sus más remotos años de lucidez, después de salir de sus clases como estudiante y de sus consultas como profesional, en un buen momento y sin premeditación alguna, a sus 38 años edad, decidió salir en busca de nuevos horizontes con una bailarina que le seguía el paso y le satisfacía sus más recónditos deseos: «Mira, *morenito mío*, cálmate que ya danzaremos al unísono cuando el frío de la

nevera sea nuestro pacto de azote», le decía Rosario, la bella bailarina, mientras Jaime le prometía una hermosa casa en el barrio La Candelaria, en el momento en que sus manos recorrían ciertos lugares inhóspitos bajo su escote.

—¿Sabe, compita? Si tan solo usted la hubiese visto cómo meneaba su cadera cuando canciones como “Cachondea”, “Tiahuanaco” o “Merecumbé” le erizaban su piel, seguro tendría los argumentos suficientes para saber cómo un caleño conoce de la locura. Nos bastó tan solo un sutil beso durante una noche de buena salsa.

Urdaney, el joven escritor, solo deseaba escuchar al vagabundo y, entre expresiones y silencios, le mostraba su aprecio o desacuerdo frente a todo lo que le decía.

Jaime y Rosario, efectivamente, compraron una casa en Bogotá y vivieron juntos, cerca de dos años, compartiendo múltiples desamores y desengaños, ya que mientras el joven médico dedicaba su tiempo a conseguir un buen empleo para propiciarse una adecuada estabilidad en la ciudad, la sensual bailarina se reencontraba con viejos amoríos y diseñaba su plan para ser una dama absolutamente independiente trazando su vida entre el teatro y la danza. Así, poco a poco, Jaime entendía que existían ciertos estereotipos sociales muy recurrentes en su tiempo, vistos estos con suma normalidad, pero que, también, aunque fuesen una evidente realidad, debían mantenerse como un sigiloso eufemismo del cual se desprendía una larga y pesada soga de infelicidad.

—Ja’, te voy a explicar algo —decía Jaime con un suspiro—. Entre los amores condicionados, las relaciones sociales superfluas e hipócritas y las hondas encrucijadas existenciales del hombre, opté por seguir viviendo con el engaño y la desazón de la compañía de una sandunguera, con tal de que, mientras me acompañase a mis lujosas reuniones de especialistas donde debía actuar con apariencia de hombre feliz, exitoso y afortunado, todos dijeran: «¡Vaya ese sí

es fiel embajador de la sucursal, anda con angelitos, aunque tenga cara de galante castigado!».

Entre risa y chanza, Jaime fue contándole a su amigo vespertino cómo, en un abrir y cerrar de ojos, fue perdiendo el control en sus cuentas y cómo, entre sumas y restas, sin ser consciente de la situación, lo perdió todo. Tan cruda fue su circunstancia que decidió empezar a dormir en los andenes de Bogotá para limitarse únicamente, según él, a existir. Tan solo le bastaron un par de palabras para decidirse.

—Busco ser otro Diógenes en este siglo para asumir una resolución de vida en el cinismo, una disciplina filosófica que enseña a alejarse de tanto convencionalismo moral y social que se conglomeran en los zapatos bien lustrados y en los atuendos sofisticados—. Le explicaba Jaime a Urdaney mientras veían cómo la tarde iba cayendo y la luz artificial acudía al auxilio de la ciudad.

—Vivir en la calle, compita, es vivir en la fiel copia de la canción: «Al son que me toquen, bailo; porque la vida sin salsa es funeral de corbata». En la calle, vos no te preocupás por nada, porque cada uno sabe que si tenés hambre, solo falta buscar en la caneca o reciclar uno que otro plastiquito pa' ganarse una monedita... Por eso, cuando me decían: «Mira, Caluroso, ayudá a este que está enfermo», solo me era suficiente gritarle: «¡Palmotea, palmotea, galán, y cojéate que eso de estar encañengao no es cosa buena! ¡Súbale a esa caracha y que viva la música!». Pues si vivís como hierba mala, para algo haz de servir... Para vivir en la calle, vos te hacés el ambiente, pelao, así de fácil.

Caluroso dedicó aquella tarde en señalarle punto por punto las desventuras de un hombre de la calle con el fin de asegurarle a su interlocutor, pero sobre todo para convencerse a sí mismo, que con lo que contaba de su vida justificaba de la mejor manera la decisión que había tomado. Pues bien sabía que los engaños pueden ser

lógicamente argumentados y sustentados; por eso, cumplía aquello que hace mucho retumbaba en su cabeza: «¡Que cada loco viva con su cuento o si no, que invente y goce de su propio engaño!».

—En la calle, todo es incertidumbre, porque no sabés todas las aventuras que podés vivir allí. Por ejemplo, los agarrones con los polochos por tomar tu duchaso en los estanques de la estación de las aguas, cerquita a Monserrate, o entre el común menosprecio de la gente civilizada que, al vernos, nos tiene pavor y dice en sus adentros: «Apúrate y no te quedes mirándolo», para creer que no existimos.

Sobre las seis de la tarde, Caluroso se despedía con sumo respeto, pero con gran estima de su noble amigo, haciéndole saber que conocerle era una muy buena manera de analizar los pasos por donde la vida le había traído, una bonita manera de ver las oportunidades y circunstancias que había asumido o que había rechazado, una cordial manera de alegrarse de su vida para luego, desesperanzadamente, buscar cartones y ropa desgastada para armar su nicho en algún rinconcito de la calle, para poder tomar un sabroso motoso, no sin antes pedir un pan de bono con agua de panela en algún callejón, bien fuera por que existiese allí una panadería o porque alguien que pasase por allí, con tal de no sentirse atrapado y al margen de un atraco, le lanzase unas moneditas.

Esta y otras tantas conversaciones se repetían con el joven escritor Urdaney de Perilla, todas las tardes; tardes que, en realidad, solo fueron una, en las que el corazón del médico Idilio Correa se llenaban de una intensa ilusión, la cual se desvanecía cada vez que se despedía del joven y se encontraba con una profunda sensación de tristeza. Sentimiento involuntario que se producía cuando era consiente de un soliloquio vespertino, un diálogo solitario que él mismo se encargaba de hilar con matices, caprichos y descuidos, los cuales le agolpaban sus sienes para reinventar su vida, vida que

a sus 47 años, luego de largos años de incertidumbre en la calle, le reclamaban por su estado de salud.

Así, aquella misma tarde en la que el Gobierno de Bogotá se apropiaba de las calles del Bronx y dejaba en el limbo a tantos indigentes desamparados e intacto el mismo problema de la ciudad, al ser las seis y cinco de la tarde, y después de seguir viendo su perfil por la ventana, y de saber que, en aquella banca, detrás de su reflejo, nunca estuvo sentado con nadie, Jaime sufrió un veraz dolor en su estómago que le hizo entender que encontrarse con su otro yo podía ser algo mortal. Jaime entendió por fin que se había encontrado con otro Caluroso que pudo llegar a ser y que no fue; otro Jaime que era el escritor que había añorado ser y que hoy viajaba por el mundo en las aerolíneas de la imaginación, gracias a que nunca se dejó persuadir por la desilusión de un amor ni por una muerte a los 25 años sin vivir otros 22 con razones para ser cómplice de muchos proyectos e ir en busca de una infinita plenitud. Un otro Jaime que, en realidad, era el mismo Caluroso que nunca se dejó abatir por los sinsabores de la vida y que se replanteó una y otra vez que lo único importante era vivir con alegría y coherencia todo cuanto se estuviese a bien elegir, aunque se hubiese dedicado a buscar entre las esquinas, los caños y las bahías razones para existir. Era, en realidad, un caleño moreno, con abundante barba y cabellera blanca, que daba razón de que solo se limitaba a vivir momentos inesperados, sin considerar que trascender de esa condición era una posible manera de ser, en verdad, un Diógenes del siglo XXI; un sujeto que se apartaba de los esquemas morales y sociales, por arriesgarse a vivir el propio suyo, aquel mismo esquema que determinaría cómo debería vivir los probables años que le faltasen para morir.

Rápidamente, entre sirenas y llamados de ayuda, Jaime llegó al Hospital de San José recordando que al fin estaba despertando del letargo de la calle, pero, ¡caramba!, letargo del cual ya era

demasiado tarde despertar. El diagnóstico de un sistema digestivo totalmente atrofiado por infecciones con contaminantes químicos y alimentos podridos que estaban a punto de apagar su vida no le asustaba tanto como el que no volvería a ver en la ventana el reflejo de un Jaime feliz y dichoso que le esperaría una buena tarde en la misma banca donde habían conversado para que se dejara construir por él, como su más anhelado sueño. De esta manera, perdiendo su conciencia, Jaime pidió su último deseo:

—Ve, señorita— le decía Jaime a la enfermera mientras le agregaban morfina para calmar sus dolores—. Si puede hablar con la actriz Rosario Feliciano, dígale que hay un moribundo que quiere verla para agradecerle por lo infeliz que le hizo. O no, mejor no. Solo hágale saber el rezo de la canción: «La incertidumbre de la calle te está buscando para cobrarte lo que nuestros besos despojaron». Eso bastará.

Jaime falleció cerca de las nueve y treinta y tres de la noche, sin nadie que le llorase. No obstante, se supo que el día de la cremación de sus restos, cinco años después de su entierro solitario, se encontró en una ranura de su ataúd una pequeña carta en la cual un escritor le prometía redactar su particular historia en un corto cuento, como garantía de que su historia es muestra auténtica del paso de la locura en la vida de ciertos hombres, locura que es fuente muchas veces de gran sabiduría, que si bien, no se encuentra del todo entre bibliotecas y peldaños de museos e iglesias, puede encontrarse entre los andenes y callejones por vagabundos de la calle, quienes entre la indiferencia de la sociedad y la vergüenza del estado son muestra de la otra cara de enfrentar los males desenfrenados de la vida.

SEGUNDO PUESTO

El reloj de la jungla

Ana María Ferro Gómez
Cine y Televisión
Facultad de Artes, Comunicación y Cultura
ana.ferro@uniagustiniana.edu.co

¡Huye! Era el sonido que resonaba en su cabeza, corría sin mirar hacia atrás. Lo que parecía una escapada magnífica había dejado un letargo de miedo en su alma. El susurro de la jungla resumido en los sonidos del cantar de las aves había entumecido su caminar. Su pierna lastimada replicaba el dolor en todo su cuerpo.

Tic tac, tic tac, hacían las pulsaciones de su corazón, lo que hizo que detuviera su caminar y se sentara bajo la sombra de un árbol. El sonar de un río cercano quitaba su angustia; la respiración agitada se iba desvaneciendo poco a poco hasta poder llegar a la calma. El sol bajó lentamente hasta llegar a la oscura noche. Ahí, aquel hombre cuyo nombre no se conoce cerró sus ojos.

A la espera de que, en lo onírico, pudiera olvidar aquel hostigamiento al que estaba siendo sometido, dejó llevarse por el mundo surreal, al silencio del recuerdo y al abismo de los sueños, sabía que al despertar sus agobios iban a continuar ahí.

Una fuerte sacudida hizo que abriera sus ojos, creía que quienes lo tenían en cautiverio habían llegado por él; sin embargo, en presencia de él estaba una figura alargada y sin patas, un reptil que si lo atrapaba, iba a obstruir su respiración. La anaconda empezó a enrollarlo lentamente: desde la punta de los pies hasta llegar al cuello del hombre. El miedo lo estaba consumiendo lentamente; él soltaba bocanadas de aire para no ceder ante la angustia.

La cara de la constrictor subió hasta llegar al rostro del hombre; frente a frente, se observaron. La serpiente sacaba su lengua bípoda y se acercaba de a poco a la boca del sujeto. El fin estaba cerca, pensaba él; sus esperanzas de salir vivo de aquel lugar se habían esfumado. La serpiente apretó fuertemente la rodilla del hombre, él emitió un grito que de seguro le había advertido a otros animales de su presencia en el lugar.

Por su mente pasaron las imágenes de placer, deseo y amor por los que había acontecido toda su vida. Tic tac, tic tac, volvía a resonar

su corazón, los pálpitos de la selva se lo estaban llevando lentamente. Tic tac, tic tac, las imágenes del rostro de su esposa. Tic tac, su familia completa figuraba en el espacio. Tic tac, la serpiente soltó poco a poco el cuerpo del hombre y el dolor que lo había detenido la noche anterior, de repente, se lo llevó la anaconda.

Este sujeto encontró una aliada que lo devolvería de camino a su casa. La impoluta anaconda había curado al hombre: no lo enrolló realmente, lo arrulló para llevarlo a salvo. El hombre, agradecido y extrañado por aquel comportamiento, veía como la anaconda se arrastraba esperando a que él la siguiera. Cada paso que daba el hombre era dibujado por el animal. Su turbulenta angustia desaparecía.

Al llegar la noche, la anaconda se detuvo, él hombre durmió y fue en ese momento, bajo la luz de luna, en que se pudieron comunicar el uno con el otro. El ambiente de los sueños pronunció la forma humana de la serpiente, quien le habló al hombre. En modo de advertencia, el animal le dijo al sujeto que ella lo iba a ayudar a llegar a su hogar, pero que él debía asumir dos condiciones: la primera era que si observaba a un humano y ella no se lo permitía, debía seguir adelante como errante, y la segunda era que debía alimentarse una sola vez al día. Si él abandonaba el compromiso en el acto, la jungla iba a tomar el motor de su vida. Obedecer sería su destino, sin dejarse llevar por la irracionalidad humana.

El hombre aceptó sin pensar. Durante años vagaron por aquella selva. Las penurias del calor y la falta de alimentación estaban costándole mucho al hombre. Él solo pensaba en su familia, en su esposa, quienes eran el resguardo del amor que hacía que su fuerza continuara. A veces, se sentía sumido en la desesperación, jacto de ironía y con ganas de romper dichas condiciones. Hasta que no aguantó más y lo hizo.

Un día, el hombre se dio cuenta de que todo ese tiempo la serpiente lo había hecho dar vueltas y vueltas por dicha jungla, aquel árbol donde ella lo había encontrado. Ahí habían regresado ambos; el hombre, ofuscado, lleno de rabia y dolor, salió corriendo para encontrar un palo y asesinar a la serpiente. En el camino, vio cerca al río una pequeña embarcación y empezó a gritar. Corrió, pero él era invisible ante los ojos de estos hombres. Abandonado y desgraciado ante tal suerte, cogió una piedra para internarse nuevamente en la selva.

Entonces, la anaconda estaba parada en forma humana y él la golpeó en la cabeza fuertemente. La sangre derramada se unía gota a gota con el rocío del agua que llegaba al río. El sujeto cocinó cada parte de ese cuerpo humano y se lo comió. Se sentía perturbado, agobiado y agotado. Consumió el cuerpo hasta saciar su rabia

Empezó a derramar lágrimas, era la primera vez que pasaba solo una noche: la única amistad que tenía y la había asesinado. Imploraba perdón al aire.

La noche abrumadora hacía que el silencio fuera su enemigo. Acongojado, en la soledad, perdía la esperanza de volver a casa. La sangre que estaba a su alrededor, como un acto mágico, se suspendió en el lugar, formando una hilera líquida que marcaba un camino. El hombre empezó a seguirla para ver a qué espacio lo llevaba.

Se encontró con el río en donde había estado gritando y, frente a él, la forma humana que él había asesinado. Múltiples anacondas salieron a reclamar el cuerpo del hombre. Era el castigo por haber traicionado a su compañía durante años. Empezaron a sumergirlo en el río y la voz del espíritu se pronunció: «Lo que para ti fueron años, para mí fue un día; lo que para ti fue rabia, para mí fue amor. Si la paciencia te hubiese aguantado, junto al navío te hubieses marchado».

El hombre se desfiguró y su cuerpo se desprendió parte a parte. Lo que caía al río se lo comían las pirañas; casi toda su parte corpórea fue consumida en el acto. Pero su corazón intacto cayó en las profundidades del río en donde repercutió como un reloj cada vez que un viajero huía de ese lugar. Tic tac, tic tac, suena el agua. Tic tac, tic tac, suena la jungla.

TERCER PUESTO

Lirios amargos

Geraldin Chuquen Salamanca
Tecnología en Gastronomía
Facultad de Artes, Comunicación y Cultura
ana.ferro@uniagustiniana.edu.co

Solía pintar cosas cuando me inspiraba, pero en el largo transcurso de mi vida siempre la misma figura aparecía. Perturbadora y hermosa al mismo tiempo, me enseñaba al final que no cualquiera podría encontrar su significado definitivo. Estaba condenado entonces a que el aroma de esas flores me transportara a la desgracia que, para mí, vendado y encarcelado por mis propias manos, era la mayor condena. Mi yo de ahora era uno de esos desdichados que tenía talento, pero no transmitía nada; uno de esos falsos actores que se limitan a brillar como diamantes, pero en realidad son de cobre que tiñe con su color y repugnante olor. Creando cosas hermosas, figuras increíbles, al fin y al cabo sólo era un estampado de la versatilidad de mis manos que transformaban entre pinceles desgastados el único recuerdo que podía plasmar. Había entonces perdido mi magia, mi felicidad. Estaba encaminado en un sendero hacia el olvido de mis admiradores. Era comprensible, ver la misma pintura cansaría a cualquiera.

Pero, aun así, creía que si seguía caminando por esos lugares que daban alegría y me calmaban el alma, tal vez el sonido de un pájaro, al vibrar por su madre lejana, me daría de nuevo lo que siempre había querido, pero que nunca había tenido, así los demás pensarían que se encontraba en mis figuras artísticas.

Entonces, me vi en el lugar que más amaba en el mundo. Ni París con su Torre Eiffel, ni un restaurante lujoso, ni siquiera las ciudades más bellas; para mí, aquel jardín de lirios cercado por la mejor madera, donde nada moría y todo se detenía, sería una bella captura para quien, con un corazón noble, fuese capaz de plasmarlo sin dejar escapar su esencia. Quien lo hiciera, irrefutablemente, tendría entre sus manos la más maravillosa obra de arte.

Al llegar, algo se había roto dentro de mí. Tal vez el corazón, tal vez algo invisible que los demás no entienden que existe, tal vez sólo era un vacío sin importancia al que le gustaba comer sentimientos

y una que otra vez carne. No lo sé, en realidad, solo estaba intentando descubrir por qué aquel bello jardín, donde las madres pobres venían a dar a luz con partos menos dolorosos, ya no se encontraba. ¿Qué significaba que una cárcel tan horriblemente construida tuviera más valor que aquel dulce jardín en el que la sangre del sacrificio por la vida del vientre ya no pintara los blancos lirios que calmaban el dolor y silbaban con el viento? Simplemente, quedé muerto. Mis ojos se llenaron de lágrimas, el miedo contaminó mi hígado, y digo hígado porque para ese momento ya ni siquiera sabía en dónde se producía el miedo. Los anhelos y esperanzas que tenía para entonces se redujeron al triste color de una cárcel y el olor repugnante de unos vagos al lado de ella. Sin embargo, me había equivocado. Aquel lugar horrible no era una cárcel, era un orfanato, pero, sin ánimo de ofender a nadie, no sé cuál es la diferencia. Tal vez, que en uno reclutan niños que ya no tienen opción y en la otra, aunque sí tienen opción, la desechan y venden su libertad. He allí dos formas diferentes de tortura.

Recobrando el sentido, vi que un niño me llamaba con su bella pero sucia mano, me invitaba desde lo alto de un tercer piso a que visitara su vida solitaria, y no podía negarme. Su aura solitaria me reclamaba a mí, era yo la única persona que estaba amando su mirada, esos ojos bellos que me recordaban a mi esposa.

Sin importar si lo tenía que adoptar o no, me introduje dentro de aquel tétrico lugar, caminé por la recepción e intenté hablar con los encargados y hasta con los que esperaban impacientemente. Ninguno de los que se encontraban allí me respondió; parecían congelados por el tiempo, por el dolor y la impaciencia. Las paredes, las mesas y todo lo que los rodeaba se tornaba de un color sombrío; nada tenía color, nada parecía querer mi presencia, no estaba incluido dentro de su mundo sin emoción. Rendido ante la posibilidad de evitar que me llamaran la atención por subir sin permiso al tercer piso, subí los escalones pacientemente, el polvo era

sacudido por mis pasos y un poco más caía desde el techo. Cuando ascendía por las escaleras, una voz resonó en mi cabeza: «No veas por la ventana». Como si le gustara jugarle bromas a la gente, aquel niño me pedía que no viera a través de algo que no existía. Se reía más de lo que debía y me impedía alcanzarle cuando intentaba acortar la distancia de los escalones entre él y yo. Finalmente, al llegar al tercer piso, el gran cuarto había aparecido frente a nosotros; sin divisiones arquitectónicas, la única forma de diferenciar el espacio de los supuestos niños era los dibujos estampados en la pared, las múltiples fotografías de recuerdos tal vez amargos, tal vez felices y esas marcas profundas de las camas y los muebles que ya no se encontraban.

El niño me había preparado el material para pintar todo el odio acumulado que se había encerrado en mí. Motivado más que nunca, hice que los pinceles entre mis manos cobraran vida e, independientemente, se sumergieran en el papel fino, perfecto para una obra de tal magnitud. Las líneas paralelas, las líneas que se conectaban, el color que daba la vida, la historia más bella pero más triste, plasmada por el dolor, el odio y este abrazo un poco frío del niño emocionado. Después de tres largas horas, di por terminado el cuadro: el accidente de una familia que, al chocar, hacía crecer un campo de lirios, conmemorando la vida de los tres que, unidos por el calor de sus manos, descansaban debajo de lo que ahora ya no era un campo tibio, sino un orfanato frío. Las lágrimas fueron cayendo sin detenerse, había dibujado lo que nunca nadie lograría; por primera vez, estaba orgulloso de una pintura creada por mi mano. Conmocionado, un poco ahogado, quería buscar la manera de respirar mejor; deseaba una ventana amplia que, al menos, me recordara el sutil aroma de los lirios muertos debajo del concreto.

Testarudo, había olvidado lo que el niño había mencionado. Envuelto entre corrientes de ilusión y esperanza, vi el jardín de lirios blancos a través de la ventana tallada en madera. Todo este

tiempo había estado detrás del orfanato. Sin embargo, cuando abrí la ventana, unas pequeñas manos me empujaron a través de ella. El accidente, del cual había sido partícipe, se reproducía una vez más frente a mis ojos. Alguien como yo, que no supo nunca calmar sus emociones, terminaba concluyendo para la escena del choque la muerte de dos flores hermosas, mi esposa y mi hijo. Un amor tan infinito que ahora solo era sangre, heridas y cicatrices imposibles de sanar. Había sido condenado por la culpa a recrear la misma escena en mi interior.

Todo se apagó en cuestión de segundos. La vida que había llevado hasta el momento iba a terminar. Estaba tendido en el suelo, lleno de sangre, mi cuerpo destruido con los huesos rotos y lágrimas de alivio en los ojos. Mi cabello castaño volviéndose blanco, las arrugas en mi rostro joven y la debilidad en mí finalmente me hicieron entender. ¿Qué tanto tiempo había estado encerrado por la culpa? ¿Cuántos años habían pasado ya? Esa fue la última pregunta después de que, yaciente, mi memoria quedara impregnada en el campo de lirios que siempre había estado oculto por las ruinas de un orfanato.

catEgoría EGresados



PRIMER PUESTO

El dictador

Erik González Ibarra
“Sentipensante”

Licenciado en Filosofía
Facultad de Humanidades, Ciencias Sociales y Educación
e.alternartes@gmail.com

1

Toda la noche rogó a sus dioses para que este nunca acabara,
un sudor frío, proveniente de los huesos completamente su
cuerpo bañaba,
el temor al ver correr las horas de su existencia en pleno se
apoderaba.

Sabía que, al aclarar el día, él sería quien con todo acabaría;
al ver despuntar el alba, los rostros de sus anteriores muertos le
acosaron,

con el canto de los gallos, la muerte le anunciaron:

¡Fuera dictador!

¡Fuera dictador!

¡Muerte al dictador!

El eco resonaba en su interior...

De nada valía,
ese ruido no apaciguaría
su deseo de gobernar esta patria amada;
en ella ver su victoria política perpetuada,
aunque cualquier Constitución deba ser cambiada
o alguna gobernanza por la fuerza derrocada;
la autoridad ha de ser sembrada,
protegida de la peste democratizada.

Estas ideas en su mente rondaban
desde que en la guerra las verdades le fueron reveladas;
allá su misión fue concretada
él debía liberar a su nación

de todo rastro de comunismo y opresión.
No importaba que, por ello, lo tildaran de dictador,
loco y manipulador;
de los derechos humanos opositor.
¡Aquí todo vale por no dejar avanzar la revolución!

Al triunfar en la batalla,
la victoria debía ser cuidada;
por esto, la ejecución de los opositores fue inmediatamente
ordenada.
Oprimir, reprimir y controlar:
la dictadura ha vuelto a comenzar...

Él tenía claro que, para poder ver más lejos, debía volar más alto;
de ese modo, usurpando el nombre del Cóndor sobre el Cono sur,
extendió su brazo,
asociándose con unos otros cuantos.
Hasta la CIA
depositó recursos en la cuenta de esta arpía,
que una opresión continental organizaría
las barbaries más oscuras realizaría.
Él ya a nada temía,
por fin todo el poder poseería,
nunca más lo soltaría,
el pueblo la seguridad democrática alcanzaría,
él su misión cumpliría,
la anarquía erradicaría,
como gobernante se inmortalizaría.

II

En los parques y las plazas, la turba enardecida proclamó:

¡Fuera dictador!

¡Fuera dictador!

¡Muerte al dictador!

Contra los muros se agolpaban,
no existió poder humano que los controlara;
el pueblo efervecido
se negó a seguir siendo oprimido,
torturado,
brutalmente cercenado,
simplemente por su opinión haber expresado
o contra el tirano su voz haber alzado.

Entre gritos, cacerolas y bombazos,
se propusieron sacar al dictador de su regazo,
no estaban dispuestos a seguir haciendo caso
al temor que los ataba en antaño de pies y brazos.

Era el momento de acabar con un estado
que, contra el pueblo, su arma estaba empuñando
y sin rastro de piedad la iba accionando.

Muertos, heridos, desaparecidos,
falsos positivos,
de la Guerra Sucia querían lavar sus vestidos
haciendo evidente que sus esfuerzos no se habían perdido;

era momento de espantar al Cóndor del nido
exponiendo sus huevos ante el señorío
para que pagaran por lo cometido.

Los que escaparon del Olimpo
ya se querían olvidar de los gritos y gemidos,
pero no permitirían que, de sus torturas, el Dictador pasara
en limpio,
lo harían sufrir cada azote, cada martirio.

III

Con sus ollas y peroles,
llenos de hambre y desilusiones,
de escasez y falta de abundes,
por fin, decidieron enfrentarle.

Con el arma de la desesperación, salieron a las calles;
ya no tenían miedo a que, en el toque de queda, les disparasen.

Junto al temblar de las estructuras internacionales,
se le reveló el fin de sus aventuras militares;
ya la gente de ninguna parte creía en sus locuras monumentales,
y, hasta el pajarito que le revelaba los misterios de sus generales
decidió volar en busca de otros reinos más normales.

Él sentía que el golpe se gestaba entre los arrabales.
De ahí que ordenó a sus militares
acabar con estos lugares.

Pensando que, entre sus altos rangos, cubriría su imperio
de tantos males,
no imaginaba que, a su lado, la avaricia alimentaba nuevos
criminales;
impacientes, esperaban el momento que, al acabar con él,
se asirían por fin ellos al poder.

Viendo el vil e injusto ataque
desde la oposición del pueblo consolidarse,
decidió no conformarse
y aunque contra este solo tuviese que levantarse,
estaba seguro de que la chusma de sí misma requeriría que la
libertase.

Nada importaba que sus generales,
lugartenientes, escoltas personales
o los policías ilegales
no siguieran ciegamente sus planes.

Así que, negando todas sus realidades,
vistió sus atuendos militares;
sobre la casaca toda la indumentaria para matar
y atrincherado, tras una ventana, comenzó contra la turba a
disparar.

IV

La gente ya no tuvo miedo de morir
si eso significaba erradicar la dictadura de raíz;
que la opresión de un pueblo no se volviera a repetir,

para que la indiferencia no los alejase sin sentir
el sufrimiento de quienes buscaban a sus hijos sin un solo
segundo desistir.

Estaban plenamente dispuestos a entregar sus vidas para que la
dictadura lograra
ser abolida,
ya estaban agotadas todas las vías,
no quedaba ninguna otra salida,
era necesaria la estampida.

Los cuerpos, unos sobre otros, se empezaron a acumular,
formando una suerte de escalera cadavérica que les permitió
llegar
hasta el infame e ignorante que casi logra con un continente
entero acabar;
el primero en entrar por la ventana quiso la venganza solita tener
estrujarlo con sus manos hasta más no poder;
hacerle pagar, por lo menos, un muerto con cada golpe.

Los siguientes en subir
estaban muy dispuestos a compartir;
lo alzaron en hombros, un gran Dictador se debió sentir.

La multitud no paraba de rebullir,
todos querían una parte del desquite para sí;
por eso, fue aventado por la resistencia desde allí.

Flotando imponente entre cadáveres,
se acordó de cada uno y todos sus males,

se creyó plenamente dios entre mortales;
no entendía cómo su pueblo aun no lo adoraba
y, después de tanto amor y paternalismo, de este modo le
pagasen.

Al intento de ponerse en pie,
se abalanzaron sobre él
con picos, piedras y machetes
para destrozarle.

Entre el escándalo de la turba, sus oídos percibieron:
¡Fuera dictador!
¡Fuera dictador!
¡Muerte al dictador!

Al rodar su cabeza por los suelos...
Un pie acercándose fue lo último que sus ojos vieron.

SEGUNDO PUESTO

Diciembre negro

Leydi Arias Castellanos
"Marie Madeleine"
Contadora Pública
Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas
leydi82@gmail.com

Era un día de diciembre, de esos hermosos y soleados en los que se ve el cielo azul y despejado; de esos días que, desde el inicio del mes, huele a natilla y buñuelos; en los que algunas personas se vuelven más amables y el espíritu navideño está a flor de piel. Tenía 14 años en ese entonces y como toda adolescente era rebelde con mis padres: de aquellas que obedecen rara vez y hacen su santa voluntad.

Mi madre juiciosamente preparó un delicioso y nutritivo almuerzo, llamó a comer a mi papá y a mi tío, que estaban en el negocio, y ellos subieron del primer al segundo piso. Me pidieron el favor de que cuidara el local de mi padre por una de las ventanas mientras ellos terminaban, para que ningún amigo de lo ajeno se llevara alguna herramienta, y así lo hice, aunque sin el más mínimo gusto.

Miraba de lado a lado la gente que pasaba por la calle, algunos se veían felices, otros desalentados contaban sus monedas para hacer las compras, otros alegaban entre ellos como polluelos peleando por su comida y los más chicos, que disfrutaban de sus vacaciones, jugaban de esquina a esquina con balones, carros y cuerdas: un día común que hasta ese momento nada de raro tenía.

Cuando volví a mirar hacia mi lado izquierdo, reconocí a un vecino muy amable que se dirigía a la siguiente cuadra en donde todavía existe la empresa donde él trabajaba. Era raro verlo pasear por el barrio a esa hora. Eran como las 12 y 40 p. m. Además, era conductor y casi no se le veía caminando, sino en la camioneta de la compañía.

Cuando ya estaba pasando frente a mi casa, me saludó con la expresión de su mano. Llevaba en su espalda un morral negro grande. Luego escuché como frenó una moto detrás de él: dos hombres la conducían. Identifiqué al que manejaba porque no llevaba casco, le decían «Pocho», vivía en la siguiente calle y andaba en malos pasos. Eso lo sabía todo el barrio, aunque nadie decía nada, allí

operaba la ley del silencio. La gente no comentaba nada porque estaba bajo amenaza.

Según decían, delinquía desde los 14 años y era líder de una banda conocida como «Los Negros», además, desde su infancia, estaba en ese mundo, ya que su familia se dedicaba a ese tipo de negocios. Su abuelo fue quien empezó con los ilícitos y, de ahí en adelante, como decimos comúnmente, pasó de generación en generación.

Se bajó rápidamente de la moto y desde allí me apuntó con un arma y me gritó: —¡Quédese quieta si no quiere que le dé su pepazo!—. Eso es lo que puedo decir en palabras decentes: su expresión fue más vulgar y grotesca; pero, en resumen, eso fue lo que me dijo. Me quedé totalmente inmóvil, petrificada cual estatua en un museo de arte e igual de fría a un témpano de hielo; hasta la respiración se me disminuyó.

El compañero de este hampón, quien sí llevaba el casco puesto, se bajó de la moto y atacó a mi vecino (aquel pobre que me había saludado con amabilidad) y con su arma le golpeó la cabeza una vez tras otra hasta que sangró. En medio del forcejeo y los insultos, mi vecino se resistía al robo del dinero que transportaba a su empresa para pagar las primas decembrinas de todos los empleados y luchaba a capa y espada cual espartano en medio de la batalla. La gente corría despavorida y buscaba un lugar para resguardarse. No sé si llamaron a la policía, aunque no es que sirviera de mucho, también todos sabían que algunos de estos uniformados tenían negocios con ellos y creo que eso no había cambiado mucho, porque la mayoría de veces los habíamos visto visitándolos en sus propias casas.

Finalmente, ganó el ladrón, dejó a mi vecino malherido y tendido en el pavimento, su cabeza parecía una fuente de sangre pues le brotaba incontrolablemente (eso es lo más impresionante que he podido ver hasta ahora). Se subieron a la moto y huyeron con rumbo desconocido. Todo fue tan rápido en comparación con nuestro

amigo de las manecillas, pero al mismo tiempo parecía una película en la que pasan las escenas en cámara lenta. Para mí, fue como una eternidad, esperaba que se acabara pronto, otras personas fueron a ayudar a mi vecino y yo ahí, desencajada, aterrada, todavía inmóvil, llena de rabia, de dolor, con ganas de gritar, de llorar, de correr, pero sin poder hacerlo, el cuerpo no me respondía. Así duré unos minutos, mis padres decían que estaba tan pálida como una hoja blanca de papel.

Duré varios días soñando con esa terrible escena de mi vecino ensangrentado batallando y con la imagen del ladrón apuntándome; de nuevo, en mi mente, rondaba esa mirada tan fría y tan macabra de él, listo para dispararme si hacía el más mínimo movimiento.

También imaginaba qué hubiera pasado si, por un solo grito mío o alguna señal, se hubiera dañado su cometido, o qué tal si él hubiera disparado... ¿Estaría viva acaso o con algún daño o secuela por ese horrible evento?

Hoy, 21 años después, lo recuerdo como si hubiera sido ayer. Reviví ese día, porque al ir a hacer unas compras, pasé por el frente de la casa de ese monstruo que me apuntó con el arma y lo vi bebiendo una cerveza en la entrada de su casa, él me vio y me saludó. Salí corriendo, corrí tan lejos por unos segundos, me asusté mucho, lloré un poco. Creo que, por fin, salió ese llanto que había contenido todo este tiempo; y no un llanto por haber visto algo hermoso, sino un llanto de dolor, de terror. Ese hombre no sabe ni sabrá todo el daño que me hizo. Ahí se quedó riendo tan jocosamente con sus amigos, sin la más mínima preocupación; sin saber que ese fue el día más aterrador de mi vida. Pero, para él, fue un trabajo como los que hacía todos los días en diferentes sectores de la ciudad, uno de tantos trabajos que cumplió con total éxito.

TERCER PUESTO

Un par de lentes no está de más

Dayan Rodríguez Sandoval
"Furtiva"

Contadora Pública
Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas
dallany_rosa@hotmail.com

Como cualquier otro día dispuse mi vida en pro del trabajo, no lo amaba, pero necesitaba el salario. Cuando llegas a ese punto caes en una zona de confort que preocupa, pero a la vez alivia, no te arriesgas a buscar otra cosa porque estás cómodamente ganando dinero con algo que no te gusta.

Salí de mi casa con el tiempo justo, preparé café y tostadas como desayuno ligero, para no sentir el estómago vacío hasta medio día.

Eso de lidiar con gente por teléfono a quienes debes cobrarles a veces te desgasta tanto que sientes principios de gastritis.

¡Pero era viernes! ¿Qué rayos importa? Un pantalón blanco, una blusa negra y par botas hicieron que me sintiera con la actitud. Definitivamente debía ser un día bueno. Justo cuando volteaba la esquina veo pasar la ruta que me lleva hasta el trabajo, corro. En serio lo hago con preocupación 15 minutos más de tardanza implican la diferencia entre llegar a tiempo o llegar tarde...

He visto perros que le ladran a las motos incluso a las bicis, esos tiernos animalitos callejeros que viven del amor de extraños a su paso... pero jamás pensé que existiera uno en mi camino que se llenara de furia al verme correr. Inevitablemente se prendió de mi pierna, mis esfuerzos eran infructuosos y ante la mirada atónita de miles de transeúntes luchaba por liberarme de las fauces de aquella ternurita callejera...

Llegué tarde, lo hice pese a que no estaba en mis planes, pese a que dispuse el tiempo necesario para que no sucediera. Una serie de eventos desafortunados conspiraron en mi contra y al terminar mi jornada laboral en la tarde recibí la recompensa, un delicado llamado de atención sumado a una suspensión por ser una falta repetitiva.

Un día que pintaba de maravilla se salía de mi total control, así que con pasos lentos salí de la oficina, entre innumerables cubículos

arrastre mis pies y cruce la salida del edificio, constantemente sentía que me pesaba la vida, pero este era el día en que más me aplastaba.

Me rehusé a llegar a mi casa, encerrarme sola en unas cuantas paredes a soportar el mal día no era lo que pretendía, decidí dar la vuelta y buscar un pub deseaba con ansias locas ahogar mis penas en un shot de tequila, aunque al siguiente día trabajaré.

No acababa de atravesar las puertas cuando su mirada se clavó en mí, esos ojos, que me parecían familiares. Quizás de otros sitios, de otros momentos o de otras vidas. Podría jurar que mientras me dirigí a la barra el jamás dejó de mirarme... pedí un trago, luego le sume varios y sin darme cuenta estaba sentada en la misma mesa que él. La conversación fue amena, vagos recuerdos tengo de ese momento; aunque podría asegurar que disfrute su compañía y aún más su presencia, él tomaba mi mano y sin notarlo empecé a tomar la suya.

Hablamos de todo un poco, aún no daba fe de lo que sucedía. De la nada el peor día de mi vida se convertía en un afortunado atardecer y luego anochecer.

Lo invité a mi casa, no medí ni calculé que hacía apenas un par de horas le acababa de conocer, aunque para ser sensatos sentía que lo conocía hace un par de vidas atrás.

Compartimos cama, pero no nuestros cuerpos. Su mirada vaga se fundía en mil caricias que no lograba controlar, palmo a palmo me recorrió como si tratase de grabarme para siempre en su memoria. Juraría que aquella fue la noche más hermosa de mi vida, no daba crédito que aquel hombre que estaba conmigo aquel día no actuará como el promedio y no pretendiera abalanzarse sobre mí para obtener un momento de placer.

Desperté algo aturdida, cuando voltee ya no estaba, tratando de creer que lo que pasó había sucedido busque pruebas de que su existencia fuera real.

Un par de lentes oscuros para caballero sobre mi mesa de noche, confirmaron que aquella hermosa velada era totalmente cierta y mi corazón saltaba de felicidad.

Volví en repetidas ocasiones al pub, buscando que aquellos ojos volvieran a clavarse en mí... tenía la certeza de que los quería para siempre, mirándome fijamente el resto de los días hasta que envejeciera.

Durante varias semanas repetí el mismo ritual. El barman quien probablemente me recordaba de aquella mágica noche, no por mi exuberante belleza sino por mi poca delicadeza al comportarme; sabía que debía servir cada noche... el mismo shot de tequila que me llevo a conocerle y ahora me invitaba a buscarle.

Algunas noches el barman intentaba iniciar una charla, pero yo; absorta en mis pensamientos no dejaba de mirar aquella puerta, esperando que su mirada fulminante atravesará la entrada del pub y sus brazos me rodearan para siempre.

Perdí la cuenta, de cuantas veces entré a aquel sitio o cuánto dinero invertí noche tras noche; consiente soy que varios tragos corrieron por cuenta de la casa, probablemente no por buena cliente sino por la lástima que despertaba en aquel hombre.

Un día cuando ya flaqueaba mi fuerza de voluntad, el barman decidió conversar.

Lamente haberle oído y aún hoy lo lamento. Empezó por mencionar aquella tarde que entre al pub buscando ahogar mis penas después de un mal día.

Luego hablo de su cliente constante, aquel hombre que olvido sus gafas en mi mesa de noche, mencionó un tratamiento experimental que probablemente no funcionaría, hablo de un viaje a Francia, de un cáncer cerebral incurable con afectación en el sentido de la vista. De su última noche en el pub antes de partir a un destino probablemente sin retorno.

Deje de oír, deje de ver, deje de sentir. Todo en cuestión de segundos, mi mente se devolvió instantáneamente a sus caricias, a sus ojos, su profunda mirada.

El amor, mi amor... ¡Jamás pudo verme! Sus manos eran sus ojos, recorrió cada centímetro de mi piel para lograr recordarme, quizás imaginarme.

Sus ojos, jamás me siguieron desde que entre en aquel pub, fue mi aroma lo que intento percibir desde el momento aquel.

Aún hoy le doy vueltas al asunto en mi cabeza de forma constante, escuché varias veces que el amor era ciego, pero aquel día lo viví.

No devolvería el tiempo para evitar vivir aquel bello momento que marcó mi existencia y permitió que viera todo desde un punto de vista totalmente diferente al convencional. Al contrario, lo repetiría así hubiese tenido el mismo desenlace, en esta, en otras y en mil vidas más... aunque me aseguraría de tener un par de lentes adicional para lograr ver de la forma en que lo hizo el... El amor, mi amor del cual su nombre nunca sabré.

No volví a visitar el pub, no hice preguntas, sólo salí llena de respuestas. Lo que había descubierto aquella noche mientras le buscaba, había sido la mejor forma de entender que no todas las personas que llegan a nuestra vida se pueden quedar.

¡Pero rayos! ¡Cuánto quisiera devolver mi vida a ese instante y poder ver como lo hizo el! Sin ver...

categoria DOCENTES



PRIMER PUESTO

El anónimo regreso de Urías Pinto

Yamid Galindo Cardona
"Edgar Piedrahita"
Cine y Televisión
Facultad de Artes, Comunicación y Cultura
yamid.galindo@uniagustiniana.edu.co

Urías Pinto llevaba tres años por fuera de su tierra, desplazado por los absurdos encuentros de algunos actores del conflicto. Salió huyendo sin nada en los bolsillos, sin corotos y *alicaído*, palabra tan común en aquellos días. Sosegado, le costaba levantar la mirada con los ojos medio tristes. Pensaba mucho antes de hablar y cuando lo hacía, era cortante, como aquel día que llegó ensangrentado de pies a cabeza y la desesperación de su papá había llegado al tope con los peligros de la zona, después de esperarlo más de medio día. Por descarte, había sido escogido para subirse a un camión, encapotado. Este podía ser secretamente su último viaje o, por el contrario, como le ocurrió a Urías, un paso hacia lo desconocido: despostar una res. Su cuerpo lo decía todo, o casi todo; no contó más, el resto tocó imaginarlo.

La región Guayacán, denominada así por la cantidad de árboles que acobijaban las calientes tierras, y que florecidos se mezclaban con ese verde seco, acosado por el sol, pasó de ser bellamente adornado por el amarillo de sus ramificaciones, al escalofriante uso que les dieron a sus sombras para reposar armas, disponer cambuches y crear fosas comunes. Nunca creyeron que les iba a llegar el aliento de la guerra. La veían lejana, pero la guerra camina lenta, pausada y certera. Les fue llegando por rumores, en notículas mal redactadas, en visos funestos de inhumanidad que, en una sola imagen, reflejó toda la tragedia: el día en que don Joaquín Cisneros sirvió dizque de ejemplo para el pueblo y la vereda, cuando fue sacado de su tienda a rastras y llevado a la plaza central para ser asesinado, picado e incinerado; una forma de crear terror y muchas, de salir corriendo.

Ahí estaba Pinto, recién salía de la tienda de don Joaquín, acababa de negociar unos quesos que había fabricado con la leche de tres vacas flacas que ayudaban a soportar la economía familiar, feliz con ese trueque realizado por abastos. Se dirigía a la salida del establecimiento cuando se topó de frente con una mujer vestida con

prendas militares, seguida de cinco hombres que parecían sus subalternos, cruce de ojos que mermó la seguridad de Urías. Afuera, mientras organizaba los aparejos de su caballo Copetín, escuchaba atento las reclamaciones, los insultos y el certero veredicto, sin juicio, sin defensa: «¡Usted está condenado a muerte! Ha sido colaborador de la guerrilla, les ha vendido insumos y resguardado en tiempos de guerra para que pasen a ser civiles, por lo tanto, ¡es un traidor a la patria!».

Su escozor le hizo temblar su cuerpo, sensación transmitida a la bestia que relinchó de forma desesperada, como si supiera los por menores de la acción que se estaba llevando a cabo. No podía salir de la plaza, era obligación estar presente, recibir el mensaje, ver la clase en vivo, sentir el dolor de un hombre y su familia y guardarlo en su memoria para aprender. Lo que tanto temieron los había tocado, no había regreso, un nuevo orden patriótico se instauraba, el mensaje político era claro y con línea directa desde las altas esferas del poder.

Después de permanecer toda la tarde como prisioneros de lo castrófico, dejaron que los pobladores regresaran a sus casas, sin ni siquiera imaginar la estela de cuerpos dispersos y a la vecindad de la ronda. El paso de la muerte era diciente y —en algunos casos, con letreros que avisaban las posibilidades de continuar o no con vida— cada poblador iba quedando en su dolor, pobres almas frágiles que parecían desasir en vida este mundo ante el cuadro que les tocaba; cada uno esperando su turno, en silencio, derrotados, intuyendo la escena del teatro nacional que parecía que era repetitiva y con diferentes actores en el entramado del trance armado.

A una cuadra, Urías empezó a sentir como su corazón latía rápidamente, al punto de sofocarlo. Sus expectativas no iban más allá de la posibilidad de encontrar el cadáver de su padre, una historia más que pasaría a los registros estadísticos sin resolver, a la común

invisibilidad de muchos ciudadanos perdidos en el horizonte. Así fue, permanecía en el salón boca abajo con un profundo carmesí, mezclado con su camisa blanca; el “manto negro” guerrerista lo había abrigado, el paso de la bota y la velocidad del plomo le cobraban su vida, la cual parecía prestada ante su pasado, cuando era niño y escapó de la violencia partidista, y en su juventud, cuando prestó obligatoriamente su servicio a las fuerzas militares y se escurrió de una toma guerrillera. Esta vez no pudo; sus fuerzas eran otras, el contexto lo arrastró a otra dinámica y, ante todo, le cobraron ser de la región, así simplemente no congeniara con ningún grupo.

La reacción fue instantánea, arrastró hasta un sitio visible el cuerpo destrozado y lo dejó súbitamente para que pudiera ser recogido. Medio se lavó sus manos ante la caída de la noche y sintió que esa sangre familiar seguía impregnada como huella eterna. Recogió algunas de sus prendas y las empacó en un viejo maletín de cuero, taponó las ventanas y la puerta principal, simplemente dio la espalda y se perdió en medio de una pequeña niebla.

Recorrió kilómetros al paso cachazudo de Copetín, avizó una población que le parecía indiferente ante su tragedia, siguió derecho, pasó frente a una base militar, un parque, una casa de lenocinio en pleno furor festivo y una iglesia a medio pintar con un gran letrero que decía: «Aquí entran los fieles a recibir la paz del Señor». Se bajó del caballo, se persignó y se arrodilló para deletrear tres frases inentendibles, llenas de ruego y angustia, las cuales terminaron en queja de abandono celestial: «Si Dios existe, hoy nos desabrigó en este espacio». Se levantó, prosiguió su recorrido, era la hora del gallo, tocaba alejarse y ganar metros de distancia ante la inminente zozobra. Cogió la madrugada, y el día entero, con la luna y el sol de frente, hasta arribar al penúltimo escaño de su meta. Allí resolvió vender a su cuadrúpedo, escasos pesos que solventaría sus días iniciales en el área de su desesperanza.

Ubicado en una ruidosa y maloliente pensión, planificó sus posibilidades, no muy claras, ante la luz de los acontecimientos. Las ayudas institucionales, la búsqueda de familiares que le dieran una mano, la agencia de empleos sin conocer de otros oficios por fuera del trabajo en el campo: todas en un terreno árido que poco o nada ofrecían. En una de sus andanzas, descubrió un grupo de personas que leían en las paredes el periódico con noticias tardías, se acercó para ver cuál era la novedad y descubrió con espanto el texto de una masacre en inmediaciones de su tierra, su destrucción, sus conocidos, su progenitor... Las tres exiguas fotos mostraban algunos cuerpos, el relato era una simple mezcla de crónica roja con edición noticiosa radial y escuetos pormenores de las causas sociales de esa situación, morbo exaltado de la forma en que cayeron esos pobladores.

Entre párrafos, Urías descubrió el listado de víctimas: Elías Pinto estaba allí. Se abrió paso entre dos personas y pidió un lapicero, que le fue prestado por una anciana; lo tomó enérgicamente y puso debajo de esas diez letras y su espacio una remarcada línea roja. Al final, simplemente se informaba que, ante la falta de familiares para las exequias, la municipalidad había optado por entierros colectivos en cárcavas grupales. A ese acto no había asistido Urías, pero sabía en dónde sosegaba su padre. Su presente se predestinaba en dos situaciones: abandono y muerte en su terruño o las opciones que fue descubriendo gracias a esa mujer que esperaba la devolución de su útil de escritura. Doña Ariadna, así como el mito, entregaba la oportunidad a su recién conocido de resarcir sus problemas, los urgentes, trabajo y vivienda en su amasadero, aprendizaje que fue llevado e hilado por días y meses hasta adquirir cierta destreza; la suficiente para superar un primer escollo, la estabilidad para cavilar y empezar un nuevo camino.

Muchas fueron las horas y muchos los días en que pensó sobre su vuelta, «recoger los pasos», como Ariadna le advertía al recalcarle

que sus kilómetros se medían en metros de expectación, la misma cantidad a la inversa con su desasosiego. Mil noventa y cinco fechas sin saber nada del aire y el polvo de su heredad. La política, bien o mal, había hecho lo suyo con el conflicto: condenado, perdonado, expropiado lo expropiado y actuado de buena fe ante las víctimas y sus victimarios, ecos de paz que algunas aves de rapiña insistían en acallar, pero que daban la confianza para tornar.

Frente al espejo notó cenizas en su cabellera, cejas y barba a medio afeitar, líneas de expresión que dejaban notar sus grandes ojos como lámparas resplandecientes sin apagar, definitivamente había un cambio. Debía afrontar su nuevo y viejo destino, el cual, sin ser desconocido, lo ponía en otra posición, la de víctima que reclamaba sus derechos, y se redimía ante sus bienes terrenales: los del hombre transgredido. Abordó dudoso la flota intermunicipal, se adentró hasta uno de los puestos finales especulando sobre esa terrible realidad que lo esperaba, su nueva maleta era más oficiosa, ropa bien doblada, algo de dinero y el viejo juego de llaves de su casa en uno de los bolsillos.

Al bajarse del bus, observó la perpetuidad de la travesía. La extensa calle era la «balada triste de trompeta», al estilo cantor de Rafael. Costaba observar los frentes y sus paredes a medio pintar, convertidas en mapas de países inexistentes, puertas envejecidas, ventanas clausuradas, andenes despulidos y la eterna esquina de encuentro solidario, convertida en perenne soledad.

Eran espacios ansiados. Girando, cada paso significaba un recuerdo inesperado en los puntos del territorio abandonado: la rebosada tienda de Joaquín y Carlota, los mezclados olores en la zapatería de Gustavo, las moscas en los cortes al aire de la carnicería de Arnulfo, la «pava congona» musicalmente sonora en el bar de Eustaquio y la vigilante capilla a dos cuadras del mundano hábitat.

Testigo mudo, vio acercarse el momento. El latente corazón renunciaba por instantes al esfuerzo. La llave separada del fajo y pegada

a la palma de la mano era una marca adherida a la piel obligada por los dedos a emprender el recorrido tembloroso en función de la chapa de la puerta, la cual, cerrada por el acontecer social de una huida sin previo aviso, se había emparentado con la guerra.

Ante el obligado abandono de su morada, sintió el gruñir de la madera. El polvo enrarecido fue descubriendo nuevamente el espacio familiar: telarañas, objetos en el suelo, un cristo de espaldas, el esqueleto de un perro sin nombre, y el lustre de una mancha lo atestiguaba todo. La muerte había espantado el calor humano, y le tocaría a él enmendar sobre lo derruido, afrontar la nueva realidad.

Con el extraño ruido de la puerta cerrada y el incesante canto de las cotorras maiceras, comenzaría un nuevo capítulo sobre el sentirse único en la vía, mientras otros seguían a la vera del camino.

catEgoría
ADMINISTRATIVOS



PRIMER PUESTO

Los rumbos del río

Karen Natalia Pamela Sánchez Tovar
Vicerrectoría de Desarrollo Humano
Auxiliar de la Escuela de Formación y Permanencia
aux.escuelaypermanencia@uniagustiniana.edu.co

1

—Tengo hambre, papá...

—Cómase esta ala de pollo, y cómasela despacio porque es lo único que va a comer hasta mañana—. Dice Gabriel, con dos pollos en su plato: uno de ellos sin un ala.

Gabriel tiene 43 años, pero joven para tener un hijo de 19 años. Al parecer, él es el último de sus siete hijos anteriores, casi todos con diferentes mujeres. Ninguna le dura mucho por ser un patán machista, aunque tal vez para muchas mujeres pueda ser un hombre guapo y coqueto, por su estatura de 1,87 cm, sus grandes ojos cafés, sus cejas negras casi para unirse en una sola, su barba abundante que se une con su cabello rizado, el cual peina de medio lado... «Para la edad que tiene, no está mal», opina más de una vecina.

Esteban come el trozo de pollo como si fuese el último alimento que pasara por su boca; a decir verdad, puede que sea el último alimento que pase durante muchas horas.

Falta un cuarto de hora para que sean las seis de la mañana y los gallos ya están cantando el amanecer, como es habitual. Esteban se levanta hacer los quehaceres de la finca. Como muchos en la vereda, él no estudia; se la pasa en la finca realizando actividades que su padre le manda. Con mucho que hacer siendo el único despierto, aparte de los animales, corre a ordeñar a las vacas, a recoger los huevos y a ordenar los pastales antes que se despierte su padre.

—¿Dónde están los huevos?— grita Gabriel. «No están; ahora, ¿qué le digo?», piensa Esteban.

Al no ver nada en la mesa, Gabriel da un golpe sobre ella haciendo que se rompa. Claramente tiene un genio que ni él se lo aguanta y se desquita con su hijo, ya que los demás tienen madre que los cuida, pero Esteban no ha corrido con aquella suerte. De su madre

solo se sabe que trabajaba como enfermera en una vereda, a la cual, para llegar, tenía que cruzar en canoa; era tiempo de lluvias. Para esas épocas, era casi imposible cruzar el río, su canoa se volteó sin dejar rastro de ella. Desde entonces, a sus 10 años, Esteban ha tenido que seguirle el juego a su padre, aunque su vida se torne un poco gris.

II

Es verano y para esta época todos los colegios se encuentran en vacaciones y, en la vereda donde Esteban vive, se realiza la feria del ganado, se baila, se canta y el alcohol se ve por todos lados. Esa es la oportunidad perfecta para que Esteban pueda encontrarse con el amor, como si de algo prohibido se tratara. Ella es Carmela, el amor de toda su vida, una morena alta y delgada, con el pelo lacio y un destello de pecas algo inusual en su rostro. Ella es de la vereda donde él nació y vivió unos años con su madre.

Es el tercer día de la feria, su padre sale muy temprano de la finca y le deja una tarea muy sencilla a Esteban: llevar al caballo al río para darle un baño. Este es un caballo de pelaje castaño con una línea negra que pasa de su frente hasta la punta de su nariz; es lo máspreciado de su padre y, de hecho, lo único, ya que con este caballo alardea y se lleva a más de una en sus brazos. Luego de un baño, debe llevárselo a su padre en la noche de la feria.

Esteban no pierde la oportunidad, justo después de ido su padre, corre hasta la otra vereda a unos 20 minutos de donde está a ponerle una cita a su amada Carmela al lado del río, donde nadie los puede molestar.

Ya son las dos de la tarde, Esteban tiene puestos sus mejores pantalones —que ya le pasaban por encima del tobillo—, sus alpargatas y una camisa heredada de uno de sus hermanos mayores. Sale

corriendo esta vez con el caballo en su mano para la tan esperada cita. Al llegar al río, la encuentra sentada en una piedra.

—¿Piensas quedarte ahí viéndome?— dice ella.

—Claro que no— responde él, con una sonrisa pícaro e inocente, y se lanza a abrazarla.

En ese momento quedan mirándose, el sonido del agua bajando por las piedras del río hace que todo sea como un sueño. En esas se les enreda un beso; aunque corto, con mucho amor.

Pasa el tiempo y Esteban se percató de que el caballo de su padre ya no se encuentra amarrado donde él lo dejó, pues mientras ellos jugaban y hablaban, el caballo se había escabullido hasta llegar a la carretera.

Tan solo pasan unos cuantos minutos hasta que Esteban siente cómo un latigazo raspa su espalda. Al voltear su cabeza, ve a su padre borracho tirando latigazos al aire como si de un animal se tratara. Esteban corre y brinca tratando de huir de su padre; grita para que se detenga, pero este no tiene piedad de él. En tan corto tiempo, Esteban analiza la situación. El pequeño inocente que yacía en él se esfuma por unos minutos, toma una piedra del río y se la lanza a su padre. Con la mirada fría, Carmela ve cómo pasan las cosas a su alrededor, ahora es ella quien corre, brinca y grita para que lo deje de una vez por todas y pare tan tormentosa escena. Al percatarse de lo que hizo, Esteban comienza a correr por la orilla del río como solo él lo sabe hacer. Sus piernas no le dan más, pero al pensar en lo que puede pasar si su padre lo alcanza, sigue sin mirar atrás y decide saltar a la corriente del río. Allí nada lo que más puede, hasta que la desesperación lo hace perder el conocimiento.

Esteban comienza a despertar y escucha como hierve el agua y con cautela abre un ojo para después percatarse de que se encuentra

en un lugar que nunca había visto antes. «¿Qué me paso?», se pregunta a sí mismo.

—Al parecer, te desmayaste, no estoy segura por qué pasó. Lo bueno es que ya te encuentras bien, o ¿no?— dice una joven de cabello rizado hasta los hombros, con un color de piel blanco pálido que refleja una piel de porcelana.

—¿Quién eres? ¿Porque estoy aquí?— pregunta Esteban agitado.

—Ya sé que te encuentras algo confundido, pero no te apresures o te dolerá la cabeza. Mi nombre es Karla y sé que estás agradecido de que te haya salvado antes que la corriente del río te llevara como una rama.

—¿Cómo llegué aquí?

—Eso es simple, te traje encima de mi burra Canela.

—Gracias, pero debo volver a mi casa— dice Esteban aturrido.

—¡No! ¡Qué te pasa! Al parecer las piedras del río te cortaron la espalda.

Al quererse levantar de la cama, Esteban grita: es un dolor incomparable el que las sábanas se queden pegadas en sus heridas abiertas, las cuales no son producto de piedras de río.

III

Al pasar ya unos meses desde que se conocieron, se vuelven almas inseparables, porque compaginan en todo. Ya la vida no es como antes para Esteban, ahora quiere tener una familia con Karla y así mismo comprar su propia finca y ganado.

—¿De nuevo te vas?— pregunta Esteban.

—Sí, y no te puedo decir a dónde.

—Claro está que no, Karla. Ahora ya no nos vemos casi y me hace falta pasar tiempo contigo como antes.

—Lo siento, Esteban, pero debo hacer muchas cosas en la ciudad y debes entender que debo ir sola.

Él lo entiende perfectamente, lo que no logra entender es por qué se encuentra tan alejada de él.

Esteban quiere averiguar una finca que está cerca a la vereda, la cual un vecino le ha recomendado. Se encuentra muy ansioso de darle la noticia a Karla. Se monta en su caballo y anda más de una hora hasta llegar a la vereda.

Al llegar allí, descubre una finca llena de manzanos, su fruta favorita. Camina hasta la entrada y lo recibe un señor de unos 80 años, Don Ismael, que, aunque es encorvado y con canas hasta en su nariz, es de buen genio.

Le ofrece un buen precio por la finca, lo que emociona a Esteban, el señor Don Ismael tiene mucho dinero y, por lo que han hablado, Esteban le ha parecido un joven muy luchador, así que le da un precio aún menor. Este señor no tiene nada que perder, es accionista de varias empresas en la ciudad y, a decir verdad, tiene un buen corazón, le gusta ayudar a varias fundaciones de jóvenes como Esteban.

Al volver a casa, Esteban se encuentra muy feliz y le comenta lo que sucedió a Karla, pero ella no tiene muchas ganas de hablar y se duerme. Esteban la entiende. Ella debe viajar todos los días a la ciudad a trabajar y, aunque a ella le va muy bien, porque llega cada fin de mes con vestidos nuevos y perfumes pequeños, Esteban no quiere que su mujer mantenga el hogar.

IV

Se acercan las ferias del ganado nuevamente. No son recuerdos muy lindos para Esteban, pero Karla nunca ha ido a estas ferias, así que le pide que la lleve. Esteban no se deja insistir más y se van.

Al llegar a su antigua vereda, Esteban ruega no encontrarse con su padre y piensa en salir de allí lo más pronto posible.

—Gracias, todo es muy lindo, Esteban, tal y como me lo contaron.

—¿Quién te ha contado de estas ferias?— pregunta Esteban.

—No, no, nadie—. Se echa a reír y se va a los establos.

Esteban se queda pensando quién pudo haberle contado si a nadie en la ciudad le interesan las fiestas de pueblo.

Se quedan a dormir en un hotel de la vereda. Esteban no se cambia por nadie: se le ve muy feliz al lado de Karla.

—Creo que bebí mucho alcohol...— dice Karla, entre risas.

Esteban la acuesta en la cama y, en ese mismo instante, Karla vomita. Después de un tiempo, ella no puede detener las náuseas; pasan más de tres horas y Esteban, muy preocupado, decide llevarla al pequeño hospital de la vereda.

Al parecer, no está nada bien y la hospitalizan. Esteban pasa allí el resto de la noche sin respuestas. En la mañana, muy preocupado, le pregunta a una enfermera el estado de su compañera.

—No se preocupe, señor, debe tener más cuidado con ella, ya tiene cuatro meses y no puede seguir así tomando tanto alcohol.

Esteban se encuentra algo confundido. Le dan de alta y se van devuelta a casa.

—Seremos padres magníficos, estoy muy emocionado, debemos comprar la finca para tener todo listo.

—Estoy muy cansada, me iré a dormir.

En la mañana, Esteban se levanta como siempre, antes de las seis. Pero no ve a Karla a su lado. Se levanta a buscarla por la finca y no haya un rastro de ella, ni su ropa, ni sus perfumes, nada. Simplemente, se esfumó.

V

Ya ha pasado más de un año desde que Karla desapareció, y Esteban la ha buscado en lugares impensados. Un día, caminando por la orilla del río, ve cómo a lo lejos se aproxima un caballo de pelaje castaño, cabalgado por dos personas. Al detallar bien la imagen, nota la silueta de Karla quien lleva en su regazo a un pequeño niño. Detrás de ellos, se encuentra Gabriel, su padre, que, al parecer, es padre de quien supuestamente es su hijo.

No sabe cómo reaccionar si lo llegasen a ver, entonces se lanza al río y con eso pierde el conocimiento al caer.

Abre sus ojos y de pronto yace en un pequeño bote. Frente a lo vivido, no sabe el nuevo rumbo que le deparará la vida.

SEGUNDO PUESTO

El paseo del misógino

Lina María Castro Torres
Facultad de Educación Virtual
Directora Instruccional
dinstruccional1@uniagustiniana.edu.co

Está atrás, pero muy atrás de su mirada, toda su ira reprimida. El paseo del misógino: con un paso y luego otro, se diluye el fastidio de sí mismo, el deseo de abandonar la biografía que contiene su cuerpo. Una emoción que solo entiende en una erección leve que no sabe cómo desquitar.

Tal recorrido pasa por su mente como una efervescencia de quince minutos. Con ese calor, hierva una sopa de rencor que no termina de cocerse. Ve a una mujer que viste una falta corta. Ella no reconoce su existencia como fuera debido, y él se queda vacilante e indefenso ante un malestar conocido, pero no consciente. He aquí sus reflexiones:

«Todos los días el mismo camino, pisada tras pisada las mismas putas. Todas ellas, o son muy feas o son muy putas. Voy a pasar al lado de esta mujer y su hijo que me estorban, deberían estar escondidos en su casa, reclusos del mundo entero».

Pasa siempre frente a una panadería en la que atiende una joven de diecisiete años. Es muy hermosa: tiene pelo brillante y una cara perfecta. Sueña cinco pasos antes de llegar que le sonrío, y vive con tanta alegría ese momento de ensoñación que su mirada adopta una luz especial, parecida a la alegría de un niño. Pero hoy, como todos los días, la dependienta está ocupada en los pedidos. El misógino piensa para sí mismo: «Puedo tenerla cuando quiera. Igual era Mónica al principio y terminé casándome con ella».

Mónica lo dejó después del tercer aborto espontáneo. Todo era culpa de ella por no cuidarse de forma apropiada. «Nunca me escuchaba. Si hubiera cumplido como mujer, tal vez alguno de esos embriones se hubiese convertido en un hombre fuerte». Un hombre fuerte igual a él, igual a su padre, es lo que tiene en mente este misógino. «Porque así lo hubiera criado», determina en sus reflexiones.

Estuvieron casados por cuatro años y medio, pero ella se fue un tiempo para pensar. No obstante, eso se convirtió en un hasta nunca que comprendió luego de vidrios rotos, amenazas, intervenciones de la policía, ruegos de las hermanas de ella y, finalmente, golpiza dada por matones contratados por el puto de su suegro. Tiene que parar unos segundos cuando llega a este punto de la reflexión, el cual coincide con el dibujo grosero de un pene sin testículos que alguien pintó en la pobre casita que resiste la oleada inclemente del paso comercial y la invasión de centros nocturnos.

Luego tiene que atravesar la calle para llegar a su trabajo. Pasa por el frente de una tienda de valijas. La dueña del local ordena la mercancía para su exhibición y deja en la esquina una maleta idéntica a la que tenía Mónica el día que se fue. En aquel momento, piensa: «Maleta de florecitas de mierda, como de mierda son las mujeres. Se fue para pensar y terminó cogiendo con un baboso cualquiera. No entiendo por qué prefirió a ese blandengue».

La dueña de la tienda ha ido creciendo poco a poco. Y entre cada uno de esos pocos, el misógino la ha visto disminuir con sus órdenes a los proveedores y los mismos empleados que tienen la caridad de ponerse al servicio de una vieja mal cogida. Entonces, siente que su erección se intensifica un poco más.

«Esa tendera de quinta es una mandamás, es una convencida. Lanza las maletas a mis pies con sus ínfulas de macho. Si a esa gorda mal vestida entre cinco la colocan en su lugar, entiende lo que es ser un hombre de verdad». Con repugnancia siente que las maletas caen detrás de él y escucha los gemidos de fuerza de la vendedora de equipajes. Hace una mueca de asco que nadie ve.

Su madre trató de ocultarle el embarazo de Mónica, mas los chismes corren y las noticias llegan. Un dulce varón tuvo con el blandengue. Está ahora débil y confuso. Piensa con una tristeza que combate: «Ella es feliz. No merece ser feliz. No he decretado que lo pueda ser». Pero siente un sollozo interno que, afortunadamente,

no se refleja ni en un milímetro de su cabello. Se pensaría que está impávido, que ni siquiera el aire puede tocarlo. Pero por dentro está doblegado, con las rodillas pegando el pecho, rogando por los mimos de su madre.

El padre del misógino le dijo que iba ser así, que las mujeres solo buscan dinero y secar al hombre, que la madre del misógino estaba controlada porque él era duro y las hembras necesitan tratos de fuerza que les demuestren que están protegidas. Y si acaso su mente le regala un instante para revivir el tacto de consuelo de su madre que lo acuna, inmediatamente regresa el discurso paterno que lo pone en orden.

—Pero si es el niño de mamá— decía el padre del misógino acompañándose de ademanes burlones. Y luego le recalca a su madre con un grito sostenido —Nunca va a llegar a ser un hombre de verdad si los sigues consistiendo. Así es como el misógino, que en ese momento es otra vez un niño de cinco años, experimenta nuevamente una furia hacia sí mismo, hacia su madre que lo hace menos hombre y lo aleja de la aprobación del padre. La voz gritando dentro de su cabeza emula el llanto del infante: «Le pegué a mi mamá durante cuatro minutos, le pegué a la baldosa del piso hasta que mis manos se moretearon, pero mi hombría no resurgió del suelo. No valgo nada, no valgo nada...».

Después de que llega a su mente este último recuerdo, del centro mismo de su mente, emerge una niebla que recubre los pensamientos como un manto, los traga por completo y hasta pareciera que ya no existen. Sale del trance, lo primero que ve es a la recepcionista del edificio. Él le sonríe y ella le sonríe. Hacen una broma o dos y el misógino inicia sus labores como Jefe de Gestión Humana. Hoy le espera una tarjeta de parte de sus compañeras por su sexagésimo aniversario porque, dicen ellas: «Siempre se ha mostrado tan bueno», «Es todo un caballero».

Este libro fue editado y publicado por la Editorial UNIAGUSTINIANA.
Se utilizó la fuente Rotis Semi Serif de 12 pts.

Se terminó de imprimir y encuadernar en los talleres de
CMYK Diseños e impresos SAS, en noviembre de 2018,
con un tiraje de 200 ejemplares

En esta publicación presentamos el resultado del trabajo conjunto en favor del bienestar y desarrollo humano integral de los miembros de la comunidad universitaria. Creemos que con estas actividades, contribuimos, no solamente al fortalecimiento del componente artístico y cultural institucional, sino también a la constitución y consolidación de espacios de participación universitaria que fomentan la creatividad, ingenio y liderazgo entre los estudiantes, egresados, docentes y funcionarios Uniagustinianos. Para esta segunda versión, contamos nuevamente con una gran acogida y, luego de procesos de lectura y revisión, se incluyen aquí nueve cuentos ganadores en diferentes categorías.

ISBN 978-958-5498-07-5



9 789585 498075



UNIVERSITARIA AGUSTINIANA
UNIAGUSTINIANA

Es creer en ti